

Samuel Guttenplan (ed.), *Mind and Language*. Wolfson College Lectures, 1974. Oxford: Clarendon Press, 1975, 158 pp.

Este libro contiene las conferencias que ofrecieron en el Colegio Wolfson, de la Universidad de Oxford, D. Davidson, D. Follesdal, G.E.M. Anscombe, W.V. Quine, M.A.E. Dummett y P.T. Geach a principios de 1974. Aunque sólo una de ellas presenta una tesis explícita acerca del pensamiento y el lenguaje, esto es, de la naturaleza de esos conceptos y de su relación, todas ellas se inclinan —a propósito de tópicos diversos— a asumir una posición en ese respecto. Así, todas son antagónicas al dualismo que imperó en los siglos XVII y XVIII; en oposición a ese dualismo y a la explicación genética del lenguaje a partir del pensamiento, los autores de los ensayos que componen este libro sostienen que hay una conexión sumamente estrecha entre los conceptos de pensamiento y de lenguaje. Cuán estrecha sea esta conexión es algo en lo que difieren. Quine aparece en el extremo de los que casi fusionan esos conceptos mientras que Follesdal está en la oposición con los que defienden la independencia entre ambos.

De las conferencias aquí publicadas cuatro de ellas reexponen tesis defendidas anteriormente. Quine, por ejemplo, publica "The Nature of Natural Knowledge", donde resume su tesis de la reforma de la epistemología según la cual la epistemología tiene por tarea el explicar cómo pueden lograrse los fines que persigue la ciencia, tarea que es ella misma la de la ciencia natural. Según Quine el aprendizaje del lenguaje y la prueba de las hipótesis científicas van unidos (¿necesariamente?); ambos son aspectos de la misma teoría. De allí la importancia de la versión especulativa del aprendizaje de las estructuras lingüísticas que presenta Quine. Ese aprendizaje cubre desde los términos que individúan cuerpos hasta el aparato de la cuantificación y la referencia. Una vez asentada la tesis, Quine se pronuncia por un convencionalismo extremo: nuestra teoría del mundo y el lenguaje que la expresa podrían ser otras y ser además incompatibles con ambos, a saber, con esa teoría y con la estructura de nuestro lenguaje.

En su otro ensayo, "Mind and Verbal Dispositions", Quine identifica la mente con las disposiciones a la conducta verbal. Estas disposiciones se reducen en último análisis a estados fisiológicos y mecanismos. Según su teoría de la comprensión lingüística, el criterio de que se comprende una oración es la asignación de valores de verdad la cual se expresa en la conducta (principalmente lingüística). Pero este criterio funciona sólo en el caso de las oraciones que cambian de acuerdo a la circunstancia, momento, etc., no para el caso de las oraciones constantes. En éste último caso hay que conformarse, de acuerdo con Quine, con una traducción parcial —a nivel

observacional— de conjuntos de oraciones sin poder decir que equivalen en su significado o que una es la traducción correcta y otras las incorrectas. Ese tipo de afirmaciones, sostiene Quine, se basa en un mentalismo inaceptable y Quine sólo acepta lo publicamente observable.

En el primero de sus ensayos, Quine prefiere no escuchar al escéptico filosófico y en vez de refutarlo le vuelve la espalda y procede con positiva confianza a presentar lo que en abierta exageración puede denominarse su “deducción trascendental”. Así en el segundo de sus ensayos, prefiere aceptar conclusiones limitativas antes de explorar si echando mano de algunas nociones moderadamente mentalistas no podrían establecerse equivalencias entre los lenguajes y con ellas, traducciones. Dicho en otra forma, Quine no muestra que todo mentalismo sea incompatible con los propósitos científicos, y así prejuzgado no intenta explicar al lenguaje en una forma que no sea exclusivamente física.

En “The First Person”, Elizabeth Anscombe defiende la tesis de que el pronombre “yo”, cuando expresa conciencia, no es un nombre ni otro tipo de expresión referencial y de ahí deriva la conclusión de que en la oración “Yo soy Elizabeth” no es una proposición de identidad aunque esté conectada con una proposición de ese tipo. Uno se queda con la duda fundada de si no será posible deshacerse de las tesis cartesianas de la identidad y el pensamiento sin necesidad de negarle carácter referencial al “yo” del cartesiano.

Finalmente Geach, en “Names and Identity”, reformula su controvertida tesis en formas nuevas y con otros argumentos.

Los otros tres ensayos son los que presentan tesis nuevas. D. Davidson, en “Thought and Talk”, defiende la tesis de que pensamiento y lenguaje están en mutua dependencia. Sin embargo, sólo ofrece un argumento para probar una dependencia, a saber, la de que el pensamiento depende de o se expresa en el lenguaje. La prueba consiste en defender la proposición de que para tener pensamiento se requiere interpretar el lenguaje de otras personas. Davidson parte de que la creencia o juicio es el tipo central de pensamiento pero afirma que para tener el concepto de creencia se requiere tener el contraste entre la creencia verdadera y la creencia falsa. A su vez, este contraste sólo emerge al interpretar el lenguaje de otros hablantes. Según Davidson, para entender el lenguaje de otra persona, por ejemplo, se necesita de una teoría de la interpretación. Ahora bien, para operar el procedimiento de la interpretación debe suponerse el concepto de creencia y un concepto de creencia compartida. Empero, esto no elimina la posibilidad de creencias privadas o no compartidas. Como en el caso de Quine, encontramos que el optimismo propio de los constructores de teorías hace que asuman premisas implausibles

o falsas. Davidson sólo prueba —si es que prueba algo— que su tesis de la interpretación requiere de una tesis del pensamiento (creencia) como algo compartido pero no prueba nada respecto al concepto mismo de creencia. Dicho de otra forma, el lenguaje debe expresar al pensamiento pero éste sólo emerge en la interpretación del lenguaje; Davidson afirma —sin argüirla— su mutua dependencia y esto deja incólumes a las teorías cartesianas. Una cosa es afirmar la dependencia entre pensamiento y lenguaje (cuestión de teoría que requiere de explicación) y otra decir que para entender o interpretar debemos suponer que hay acuerdo sustancial entre los que hablan (cuestión epistemológica), pues podemos suponer que entender requiere acuerdo en las creencias y por ello acceso a ellas a través de la conducta lingüística, por ejemplo, aun cuando sosteniendo que son dos cosas distintas. El compromiso epistemológico no conlleva un compromiso ontológico. Davidson no argumenta, como promete, en favor de que la creencia sólo se da en la interpretación, sino que supone y pide que se le conceda que la creencia y el lenguaje van juntos, pues a menos que ello le sea concedido, no tendrá una teoría empírica de la interpretación. Davidson debe deshacerse de la privacidad y del escéptico si ha de probar su tesis principal de que el pensamiento necesita del lenguaje.

En "Meaning and Experience", D. Follesdal propone a Quine y a Davidson que construyan teorías de la significación suficientemente ricas. En particular, critica la noción austera del primero que da lugar, por esa misma austeridad, a la tesis de la indeterminación. Según Follesdal una teoría de la significación no puede ser completa a menos que incluya una epistemología y una teoría de la acción.

La contribución de Michael Dummett es indudablemente la más interesante y viva de todas. Dummett carga con su acostumbrada energía y pasión contra la teoría semántica de Donald Davidson. A su artículo original, "What is a Theory of Meaning?", Dummett añadió un apéndice en el que reconsidera algunos de los cargos que hace a Davidson en aquél. Veamos.

Dummett introduce la discusión proponiendo que una teoría de la significación sea entendida como una teoría de la comprensión de las oraciones de un lenguaje. Para él la cuestión: "¿Qué significa *O*?" deviene en la pregunta: "¿Qué se necesita y qué basta para que alguien entienda *O*?" Davidson propone una teoría según la cual dar las condiciones de verdad de una oración equivale a dar el sentido o significación de esa oración. Dummett piensa que la tesis de Davidson es errónea y debe ser rechazada pero ofrece dos tipos de rechazo, uno en el artículo y otro en el apéndice. Veámoslos sucesivamente.

En el artículo "What is a Theory of Meaning?", Dummett empu-

ja a Davidson a aceptar el siguiente dilema: o bien su teoría de la significación en términos de condiciones de verdad no logra más que lo que logra un manual de traducción y por lo tanto resulta inocua no pudiendo proveer una explicación de lo que hay que explicar, a saber, que es aquello que en general alguien conoce cuando conoce un lenguaje o bien —para salvar la dificultad anterior— la teoría debe construirse holísticamente, en cuyo caso su pretensión de ofrecer un tratamiento sistemático del dominio de un lenguaje resulta espúreo puesto que el holismo elimina la posibilidad de un tratamiento de ese tipo.

La primera parte del dilema se genera porque la teoría presupone la comprensión del metalenguaje pero no ofrece una explicación de esta comprensión. Esta limitación puede superarse mediante una suplementación adecuada que, repito, de acuerdo con Dummett, Davidson no ofrece y que torna imposible al adoptar el holismo.

La segunda parte del dilema ocurre porque no se puede explicar la atribución a un individuo del conocimiento de las distintas proposiciones y de su interconexión deductiva. Éste es un error y es insuperable de acuerdo con Dummett. Dummett supone que el holismo es erróneo porque decir que una oración *O* está en relación de interdependencia con todas las oraciones del lenguaje *L* no ofrece la posibilidad de explicar aun en principio cómo es que esa totalidad determina el significado de esa *O* particular.

Sin embargo, en el apéndice al artículo referido, Dummett se retracta y llega a admitir que el holismo de Davidson sí puede dar cuenta de las oraciones y palabras particulares de un lenguaje. Dummett concede que la teoría de Davidson no adolece de defecto teórico sino de otro tipo de falla, a saber, de no ser creíble porque asume demasiado en los hablantes y no explica cómo se generan en ellos las capacidades que hacen posible que hablen *L*.

En sucesivas cualificaciones, Dummett concede a un Davidson hipotético que su teoría aun cuando holista puede dar cuenta de los sentidos particulares de las palabras y oraciones de *L*, en primer lugar, porque los juicios que hacen los que hablan *L* no operan como evidencia en favor de la teoría sino como parte integral de esa teoría de la verdad y por ello resultan constitutivos de la teoría de la significación. De esta manera el sentido particular de una oración *O* dada está determinado por los sentidos de las otras oraciones de *L* que son las que le dan *ese* sentido a *O*, es decir, *ese* valor de verdad. En segundo lugar, no sólo especifica el lugar de *O* en *L*, v. gr. que se trata de una oración del tipo *P* o se trata de un término singular, sino que da el sentido de “la tierra” o de la proposición expresada por “*X* significa *X*” al conocer cuáles oraciones particulares forman la clase de las oraciones *T* en relación a la cual se determina la asignación total de verdad o falsedad preferida.

Otra forma de presentar la primera razón consiste en decir que las oraciones  $T^*$  no pueden ser evidencia para la teoría sino parte integral de la misma porque si se las admitiese como evidencia para la teoría ¿de qué se compondría la teoría? Por otra parte, si se presentaran las oraciones  $T$  como evidencia, habría que aceptar muchas cosas más como evidencia, por ejemplo, más información acerca de aquello que sostiene como verdadero el hablante, etc., lo cual equivaldría a considerar la teoría como sistemáticamente incompleta. Esta es, en suma, la respuesta de Davidson a ciertas insinuaciones hechas por algunos filósofos del lenguaje ordinario.

A estas alturas Dummett abandona el intento de eliminar la teoría de Davidson en forma contundente. No hay incoherencia —admite Dummett— pero la teoría no es creíble. No es creíble porque tiene que suponer que cualquier usuario del lenguaje tiene que conocer la composición de la totalidad  $T$  y tener una concepción de la determinación simultánea de las referencias de todas nuestras palabras en relación a la totalidad  $T$  para poder aprehender el contenido de una oración. Dummett asienta la no credibilidad de esa suposición en tres razones, a saber, que la suposición implica una tarea que sobrepasa las capacidades humanas; que habría que esperar hasta que se dé la totalidad  $T$  antes de saber que un predicado es verdadero de un individuo particular cuando la verdad es que uno puede juzgar acerca del valor de verdad de una oración sin esperar a conocer la totalidad  $T$ .

Parece entonces que Dummett no señala ninguna imposibilidad a la teoría de Davidson sino solamente que no ve cuál es el mecanismo que haría que un hablante pueda operar la totalidad  $T$  para entender una oración o palabra en particular.

Empero, Dummett no se satisface con lo anterior y lanza otro ataque de mayor envergadura en contra de un supuesto de la teoría de Davidson, a saber, la tesis holista. Dummett piensa que el holismo implica un craso error, para descubrir el cual se pregunta: ¿En qué sentido la totalidad  $T$  determina a  $O$ ? Hay varias otras preguntas incluidas en ésta. En primer lugar, la pregunta ¿cómo se determina la totalidad  $T$ ? ¿Hay una clase privilegiada de oraciones en la determinación de la referencia de las palabras, v. gr. las oraciones cuasi-analíticas? Luego, ¿hay lugar en la totalidad para desacuerdos entre los hablantes? Si no lo hay,  $T$  comprende solamente las oraciones que se aceptan como verdaderas y carecen de indécicos; pero entonces predicados como “se dobla fácilmente” no serán determinados por  $T$  pues en esos casos no hay acuerdo respecto a la determinación de su extensión.

\* Las oraciones  $T$  son aquellas oraciones del metalenguaje que especifican las condiciones de verdad de las oraciones  $O$  del lenguaje.

En segundo lugar, si se permiten desacuerdos se puede pensar que *T* está compuesta de juicios individuales hechos por hablantes particulares. Pero en ese caso no se conocerá la teoría de la significación correcta porque se desconocerá la vasta mayoría de esos juicios.

Se dirá que la totalidad *T* está compuesta de los juicios que cada persona particular hace en su idiolecto. A esto Dummett responde con dos objeciones, primero, que "idiolecto" sólo se entiende en términos de lenguaje compartido y no a la inversa y segundo, que el hablante no tendrá en cuenta múltiples juicios causales que ha hecho antes.

Finalmente, Dummett señala que el holista padece de una dieta de ejemplos. La tesis holista puede ser válida para palabras introducidas mediante explicaciones verbales pero a su vez esta forma de introducción depende de otras formas de introducir palabras.

Dummett abunda finalmente en los defectos del holismo, a saber, que no hace justicia a los niveles y estratos que tiene todo lenguaje; para el holista todo componente es igualmente lenguaje. Tampoco registra el holista la creciente complejidad que tienen los lenguajes. Y en fin, el holista sucumbe al vicio de la generalización que suele llevar al esencialismo, a saber, el querer reducir toda palabra y oración a una fórmula simple.

Dummett piensa, en suma, que en vez de intentar determinar de una vez por todas la correlación entre la totalidad *T* y las asignaciones de verdad o falsedad que hacen los hablantes de oraciones particulares en ocasiones dadas, lo mejor es avanzar paso a paso en esa determinación. Lo que no dice en este artículo es cómo procedería ese avance.

ENRIQUE VILLANUEVA

Ernest A. Moody, *Studies in Medieval Philosophy, Science, and Logic*. Berkeley: University of California Press, 1975, xix+453 pp.

La colección de trabajos de Moody —que van de 1933 a 1969— sobre los temas del título constituye un complemento indispensable a sus obras principales *The Logic of William of Ockham* y *Truth and Consequence in Medieval Logic*, y a su extensa obra referente al mismo período, incluyendo su significativo trabajo de edición de textos. Sin perjuicio de cubrir también otros lapsos de interés, sus estudios sobre los siglos XIII y, particularmente, XIV, son dignos de tenerse en cuenta porque introducen una visión fundada y distinta de las brindadas por la historia tradicional de la filosofía. En la colección presente —que comprende un extenso inédito y trece artículos importantes ya publicados en variadas revistas científicas